



Un vencedor
del tiempo

(23 de septiembre de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2583

DOMINGO 1 DE MARZO DE 2020

Foto de Javier Flores Cruz.



ESCRIBEN: Eréndira Cortés, Roberto Arena, Jesús Medina, Ángel Gaona,
José Lomelí, Ramón Moreno, David Huerta y Carlos Caco Ceballos.



Hasta los tímpanos

Portadiscos

Eréndira Cortés

Tienes que escuchar esto, me dijo Edgar, mientras íbamos de camino al campamento que nos habían organizado por nuestra graduación de la primaria. El autobús en que viajábamos era una olla de hormonas a punto del hervor. Miré entre sus manos un disco ilustrado con un camuflaje rudimentario. La referencia al Ejército no me interesó, así que inventé algún pretexto, pero él insistió en prestármelo para que conociera ese grupo que lo tenía alucinado.

Es curioso cómo los detalles que entonces me parecían vanguardistas, hoy en día quedaron obsoletos, como esas rarezas circulares diseñadas específicamente para almacenar discos compactos. Qué impresionante me parecía tener tanta música en tan breve espacio. El mío era morado, hecho de una tela plastificada de dudosa procedencia, con un cierre negro y la imagen impresa de Micky Mouse. Ahí resguardé el CD de mi amigo, con la promesa de escucharlo por la noche, pero eso nunca sucedió.

Cuando regresamos del viaje mis compañeros y yo éramos otros, libres del rigor escolar, sin una sola idea del martirio que nos esperaba en la secundaria. Sólo nos interesaba seguir jugando, bailando y cantando; ansiábamos que terminaran las vacaciones para volver a vernos, sin percartarnos que esos serían en realidad los últimos días de nuestra infancia.

Un fin de semana fui con mis padres a la casa de playa de unos familiares. Me aburrí entre charlas de adultos, no encontré a nadie de mi edad y para colmo me llegó el periodo. Sin más qué hacer, decidí ponerme a escuchar toda la

música que llevaba y al abrir mi portadiscos encontré el CD que me había prestado Edgar.

De una vez por todas atendí su recomendación.

Minutos después. comenzó un palpitir muy tenue que no era el mío, y cada vez se aceleraba más. Me imaginé caminando en lo más profundo de la noche, tenía miedo, pero quería seguir escuchando. En eso, se aproximó una voz gritando Hello! ...is anyone there?... Hello!... Hello!... is anyone there?...

Justo en la que parecía ser la última, recordé a mi amigo diciendo que había una especie de *track* escondido al final, así que cuando terminó, esperé que resurgiera entre los latidos de mi corazón y el oleaje del mar. Minutos después, comenzó un palpitir muy tenue que no era el mío, y cada vez se aceleraba más. Me imaginé caminando en lo más profundo de la noche, tenía miedo, pero quería seguir escuchando. En eso, se aproximó una voz gritando Hello! ...is anyone there?... Hello!... Hello! ...is anyone there?, me sentí como un soldado buscando sobrevivientes (tiempo después descubrí que se trataba de la escena inicial de la película *Day of the deaths*). A lo lejos percibí que se acercaban el rasgar de una guitarra, un retumbar de percusión y al tiempo comenzó como estruendo “M1 A1”.

Aunque esa no fue la canción que más me gustó, nunca olvido cómo llegué a ella y al disco homónimo de Gorillaz, que puse todo ese fin de semana una y otra vez. A la fecha, siempre que escucho “Slow Country” me remonto a ese cuarto rodeado de palmeras donde sonaba tan fuerte el viento, que parecía cantar-me *Can't stand your loneliness*. Así, en un momento tan inesperado, la música vino a mí para acompañar mis vacíos, sin que yo se lo pidiera.

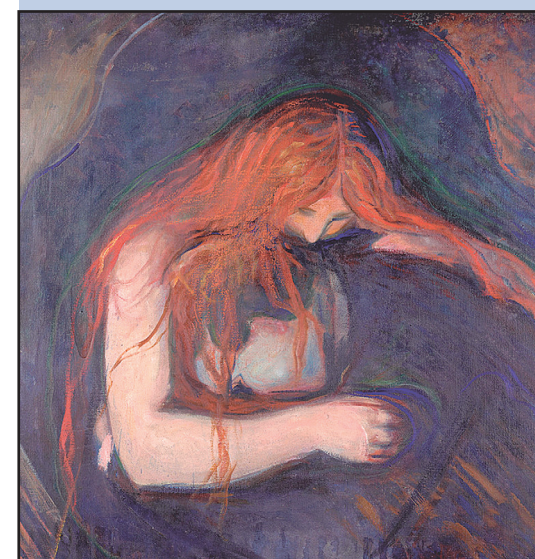


Ilustración de Jamie Hewlett.

Intercambio

Roberto Arena

Sueño con un amor, un amor,
eso justifica la existencia.
Déjame cruzar la frontera
trazada con alambre de púas,
que define el espacio
donde habita la felicidad.
Estoy dispuesto a dejar trozos de carne
unidos a las espinas de la cerca y
consumir las plantas de los pies
en los adoquines chamuscados por el sol,
pagar un precio si es necesario.
Entonces podré entender si con dinero
realmente se compra todo
o la moneda de cambio es mi vida.
Comercio durante una hora por la frontera,
por una hora de sueño hecho realidad,
¿quién lo quiere?, está en venta.
Pero puse el precio,
no pretendo tanto,
sólo quiero intentar ser feliz
una hora, un minuto, un segundo.
¿Quién es el dueño de este producto?
Considero ofertas,
pero es necesario no olvidar
decirme “te amo”,
antes de empezar a negociar.



Amor y dolor, de Edvard Munch.

Un atajo por el miedo

Jesús Medina V.

Presentía el miedo que se pegaba al cuerpo haciéndome respirar pesadamente. Transcurría la *hora muerta*, la preferida de “la bestia”; poco más de las tres de la mañana. Los rayos tenues de una tímida luna apenas nos permitieron ver por el camino un cráneo carcomido que rodaba cuesta abajo como una hueca calabaza con huesos secos en medio de una macabra danza de sombras. A Catrina se le erizó el pelaje de su crin y a un relincho intentó una desbandada, sólo que cargadas las bestias fue difícil y fallido romper el trote que llevaban. Al cabo de acicatear el rebaño y lograr detener su breve carrera, un escalofrío nos invadió, quedamos tensos, jadeantes, sin más aliento. Éramos cuatro, tomando en cuenta a la Catrina, Bruno y un arriero más detrás de la numerosa recua. Se corría el telón de una noche que prometía escenas intensas de pavor.

A un lado del camino, una casona con un portón desvencijado, abierto de par en par. Un reloj y un rosetón dominando la parte superior de la fachada enorme; más abajo y en cada lado un par de ventanas largas, verticales, que parecieran estirarse hasta el piso. Vestigios góticos de lo que fue en su tiempo una gran construcción. Su ruinosa arquitectura daba un aspecto fantasmagórico. Gemía el viento helado de esas horas, el ambiente saturado de vapores, caprichosas formas de neblina y un sutil olor de azufre hacían del escenario una antesala de terror.

De entre las sombras reflejadas del caserón, un cuervo arrogante de imponentes garras y pico, habitante del miedo, levantó su vuelo como quien escapa curioso de la negrura, deteniendo su aleteo en una aguja del reloj. Con su peso debilitó el desgastado mecanismo del tiempo, desencajó la manecilla que marcaba más de las tres y consumada su osadía retomó el camino a su nido en medio de ásperos graznidos y aleteos; entre sus garras asido, el magro botín.

Un estanque aledaño, bordeado por esqueletos de árboles añosos, levantaba vapores hediondos de sus podridas aguas. En una orilla, pintada por un rayo de luz, una cruz mocha de madera y algunos restos malolientes, rezagos insepultos de un entierro que no alcanzaron a cubrir, completaban la vista espeluznante de ese oasis. Imperaba el silencio y un tufo de muerte.

El camino, como antaño, hecho a golpe de herradura donde sólo transitaban los arrieros y sus bestias, por donde caminan atrevidas mujeres de rebozo; *andurrial* manchado de maleza seca y pedruscos llorosos pelados por el frío. Este atajo nos llevaría directo a la aldea. Tomando en cuenta lo avanzado de la noche, rodear no era lo adecuado, ya que llegaríamos con el sol en lo alto y las bestias tenían que descansar y comer su ración de pastura. Mi consentida, la Catrina, la más añeja de la recua, le debía más consideraciones: acicalarle las crines y cepillarla; muy remilgosa después de una larga jornada, había que darle tiempo y cuidados; a mas de rendidora a pesar de los años que ya hacían mella en su figura desgarrada. Era partícipe de mis andanzas y pesares. Mi confidente. Con su intuición e inteligencia más de alguna ocasión su actitud perseverante me ayudó a salir de caminos y laberintos intrincados. Le hablaba como a cualquier humano, pareciera entender mis problemas con su movimiento de orejas y su entornada mirada, haciéndome pensar que se condolía de mí. En esta ocasión no había otra alternativa más práctica; templamos los nervios y emprendimos cruzar este entorno siniestro.

Esa noche mi cuadrúpeda compañera experimentó, como yo, todos los miedos de las sombras. A la cabeza de la manada oteaba en cada tranco; con la cola entre las pa-

tas y erguidas las orejas dejaba oír su rítmico trote y la carga pegada a sus lomos. Así, temblorosos y con premura, continuamos sólo unos pasos, en caravana, por el lugar.

Una pausa nos detuvo de nuevo. Ante los ojos de la noche, a contraluz, la visión difusa de una mujer. Sin cruzar palabra alguna alzó una de sus manos de forma imperativa marcándonos el alto. El aire gélido de las horas muertas movía la amplitud del vestido que le escurría más abajo de las rodillas. Su figura recortada por la escasa luz confundida entre la niebla, amagaba la tranquilidad del entorno espantando una parvada que aleteaba ruidosamente.

Sostenía sus pasos con un cansado báculo que arrastraba sincronizado a sus pies descalzos, sólo cubiertos por una costra de mugre y callosidades.

El aliento de las sombras se confundía con el vaho que expelía su cuerpo saturado de efluvios nauseabundos. Su mirada perdida, con la expresión de un muerto al dejar la vida, destellaba dos puntitos rojos, ascuas salidas del infierno que a su andar cansino parecieran flotar en lo profundo de la umbría.

Sus balbuceos cavernosos parecieran salir de otra dimensión. A su paso se apreciaba esquelética, las manos huesudas y arrugadas, casi el puro pellejo; enjuto el rostro, desaliñado el pelo, las uñas negras como garras que asían su bastón. A lo lejos, un lastimero aullido de un perro despierto por el miedo.

¿Algo tendría que decir la mujer al hacer un alto y detenernos? —me pregunté en el intento de articular palabras. Sentía la piel erizada. Las bestias y sus relinchos desahogados mostraban el temor e inquietud con esta nueva vista aterradora. La figura se movía pausadamente, dando la impresión por momentos que levitaba. La voz que emitía se transformó en un llanto, luego un aullido desgarrador como de animal a punto de morir y nosotros, con los pelos de punta. Bruno lanzó un grito lastimero y corrió ridículamente despavorido, sin rumbo.

El espectro dirigía su movimiento hacia el estanque, junto a la cruz mocha, ahí se postró como alguien que vela el descanso de una tumba, desvaneciéndose con el viento, parte de la espesa neblina que saturaba el entorno. Por momentos quedaba sólo el eco del llanto y los aullidos, y un aire con visos de tormenta que hacía retomar la forma espectral de la mujer, renaciendo la pesadilla de nuestra noche al paso por el atajo que creíamos tranquilo.

El cansancio y el miedo nos vencieron. La recua no aguantó más, echada a un lado del camino, justo frente al pequeño cuerpo de agua pestilente, donde morían el llanto y los aullidos, donde hice causa común con mi Catrina y la manada.

Tenía la cara perlada de sudor, las manos húmedas y un escalofrío me recorría todo el pellejo. Sometido por el miedo cedió un esfínter y así mojado, sólo alcancé arrimar una piedra de regular tamaño donde pude reposar mi conciencia en la tranquilidad de un rezo que me ayudó a dormir sin más sobresaltos.

La mañana despertaba en aparente calma; el cielo pintado de intenso azul y una sutil bruma con penetrante olor de mirto envolvían este paraje. Un fuerte graznido y el revoloteo escandaloso de una parvada nos hizo levantar y reanimar a todo el grupo. Con alientos renovados retomamos el camino, pero antes, junto a la cruz mocha, armado de valor, acomodé la calavera y los restos que encontramos, cubriéndolos de tierra suelta, asegurándonos que el cráneo no volviera a rodar y que otros caminantes no sufrieran nuestras pesadillas, imágenes lúgubres y miedos.



Una pausa nos detuvo de nuevo. Ante los ojos de la noche, a contraluz, la visión difusa de una mujer. Sin cruzar palabra alguna alzó una de sus manos de forma imperativa marcándonos el alto. El aire gélido de las horas muertas movía la amplitud del vestido que le escurría más abajo de las rodillas.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un vencedor del tiempo

Don Manuel Sánchez Silva

(23 de septiembre de 1956)

Vive aún, disfrutando de su cuarta juventud, el señor Roberto Barney Gómez, persona que por su larga historia de bohemio incorregible, sus condiciones de cantante verdaderamente excepcional y su temperamento amistoso y jovial, ha contribuido a engalanar las páginas sociales del Colima correspondiente a los últimos 50 años.

Miembro de una numerosa familia colimense, Roberto acusó, desde su muy lejana adolescencia, singulares facultades para el canto, que en vez de preocuparse por cultivar se dio a derrocharlas con prodigalidad única.

Durante más de 40 años, y sin ningún riesgo de incurrir en exageración, no hubo reunión social, celebración de onomástico, baile o fiesta de cualquier naturaleza que no contara con la grata presencia de Roberto, quien, si siempre supo conquistar el aprecio de sus amigos, también acaparó el interés cariñoso de sus amigas. En todas esas ocasiones, cuya enumeración implicaría los servicios de un contador titulado, el número más atractivo y solicitado estuvo a cargo de Roberto, quien empezaba cantando a petición de los concurrentes y seguía después por su cuenta, en espontáneo y admirable alarde de una magnífica voz de tenor, que airoosamente resistió y sigue resistiendo el paso de los años y el efecto de muchos miles de botellas de coñac, cerveza, tequila, tuxca, sotol, tepemete, mezcal y democráticos “changos”, porque en cuanto a bebidas y amores Roberto bien podía imitar a don Juan Tenorio cuando se jactaba de que su amor había recorrido toda la escala social, “desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca”.

No hay otro caso, siquiera parecido, al de este cantante magnífico tan lamentablemente desaprovechado para el arte, que haya conservado la pureza de su entonación y el volumen de su voz, a pesar de una vida permanentemente vivida en oposición a la abstinencia y a la mesura.

Roberto sigue cantando con la frescura, alegría y vigor con que lo hizo de joven. El tiempo le ha arrancado la antes rizosa cabellera, y su cráneo desnudo, tan despoblado como la rodilla de una bestia, lo expone a frecuentes constipados y jaquecas; también ha perdido un alto porcentaje de dentadura, que, al hablar, demuestra los trabajos en que ha metido a su dentista para presentarlo decorosamente y, desde luego, la antes lozana y restirada piel de su rubicundo rostro, exhibe la elocuente roturación causada por la reja de los años que, al agrietarse en los gestos expresivos, hace pensar filosóficamente en que los calendarios no pasan de balde.

Pero, sobreponiéndose a estos signos fatales de la decadencia, su voz espléndida se mantiene intacta y juvenil, así como su ánimo, que lo lleva a seguirla derrochando con la misma generosidad de cuando entonaba las canciones sentimentales de moda, al pie de las ventanas de las entonces jovencitas y ahora dispépticas y neurasténicas mamás de muchachas casaderas.

Otra curiosa característica de Roberto, reveladora del optimismo inmarcesible de su espíritu que lo ha hecho vivir al margen del tiempo, es su maravillosa capacidad de enamorado. Nadie podrá disputarle el galardón de haber “flirteado” con tres generaciones de mujeres colimenses. Radicado en Puebla desde hace algunos años, conserva su celibato, su buen humor y su voz. Disfruta de una situación económica que le permite vivir con desahogo. En la ciudad angelopolitana se ha relacionado ampliamente, cultiva su nostalgia por Colima y no pierde ocasión para venir, de vez en cuando, a reverdecer viejos laureles, entonar sus antiguas canciones y demostrar que ha logrado poner en ridículo el estrago del tiempo.



El número más atractivo y solicitado estuvo a cargo de Roberto, quien empezaba cantando a petición de los concurrentes y seguía después por su cuenta, en espontáneo y admirable alarde de una magnífica voz de tenor

Fin del camino

León Mendoza

Cargamos el amor y el miedo dentro de morrales de yute para que no deje salir el aroma del dolor o la dicha cuidando de llevarlo lento sin prisas de llegar a donde poder dejarlo sin sentir dolor que nos da al apartarnos de lo que la vida nos había dado de los abruptos días de soledad cuando salíamos a soñar bajo la oscuridad de las noches sin tratar de obtener algo de luz. Todo tenía trazado su destino todo fue así de sencillo pero las piedras hacen tropezar y nos demuestran que nada tiene su final imaginado. Están esos cambios a los que no estábamos preparados. El morral se hace más ligero creo que ya estamos llegando.

Intimidades de un transeúnte

Ángel Gaona

Instintivamente, miré la escena fue un segundo expandido a un tiempo incuantificable. Pasó por mi vida tan sólo unos instantes materia suficiente para homenajearla con este poema al estilo Raymond Carver. Pasaba por ahí donde bajaba de su auto. Temeroso de incomodarla volteé hacia otra parte mas no resistí la tentación de volver a mirarla, me sentí complacido al verla sonreír con descaro. No todas, se dan esa libertad de alegrarle la mañana al que va de paso mostrando así, cómo por casualidad unos calzones de lunares negros sobre fondo blanco.

Confieso haberme visto tentado a iniciar este artículo aseverando que *son muchos y muy variados los personajes literarios que han trascendido a sus creadores*. Sin embargo, tras la incomodidad que me provocó leer dicha expresión ya escrita, me vi movido a eliminarla de inmediato.

Si resultara tan fácil crear personajes tan poderosamente detallados y carismáticos como para considerarlos auténticos seres de carne y hueso, convirtiendo sus nombres en sinónimos de determinadas conductas humanas o tomando incluso sus nombres como base de nuevos conceptos que definan a los mismos, habría Sherlock Holmes, James Bonds, Grinchs y Scrooges al por mayor, en tanto que abundarían conceptos científicos para definir comportamientos tan peculiares como el bovarismo o el síndrome de Peter Pan.

Del amplio catálogo de personajes queridos por el gran público, quizá los héroes de acción son los que más han logrado franquear las pastas de los libros que los contienen, al grado de permitirles adquirir un estatus legendario que hace difícil dilucidar si su origen se basa en individuos cien por ciento reales o totalmente imaginarios. Los arqueros Robin Hood y Guillermo Tell pertenecen a esta clase de personajes cuya existencia hunde sus raíces en personalidades históricas modeladas a lo largo del tiempo por la imaginación y las idealizaciones románticas de diversos artistas.

La mención inicial de Robin Hood la encontramos en el poema medieval *Pedro el Labrador* (Piers Plowman), texto de 1377 atribuido al galés William Langland y en el cual uno de sus personajes menciona: "Conozco las rimas de Robin Hood". Popularmente aparecerá en baladas hacia 1450, en tanto que su primera alusión novelística será en 1819, como Robin de Locksley, en la obra de Sir Walter Scott: *Ivanhoe*. Para 1872 su nombre y leyenda comenzará a cruzar fronteras gracias a las traducciones realizadas por Alejandro Dumas a la novela de 1838 del inglés Pierce Egan, titulada: *Robin Hood and Little John*. Dividida en dos partes por el afamado escritor francés, dichas traducciones fueron publicadas como *El Príncipe de los ladrones* (*Le Prince des voleurs*) y *Robin Hood el proscrito* (*Robin des Bois le proscrit*).

Rugidos literarios

Más allá de las páginas

José María Lomelí Pérez

No obstante los innumerables esfuerzos históricos por encontrar al Robin Hood que diera pie al personaje de los poemas, baladas, cuentos, novelas y demás, éste parece esconderse tan bien como lo hiciera el del mito, pues todo personaje con rasgos o nombres parecidos aparecen en épocas posteriores al reinado del no poco menos conocido rey Juan, popularmente conocido como *Juan sin Tierra*.

A la fecha las hazañas realizadas por el buen ladrón, el forajido arquero de los bosques de Sherwood, así como sus valerosos enfrentamientos contra la opresión monárquica del rey y el sheriff de Nottingham, se mantienen vivas en la imaginación de niños y adultos, convirtiéndose a su vez en la inspiración de muchos artistas para la creación de nuevos personajes, tal es el caso del afamado superhéroe de DC cómics, Flecha Verde (Green Arrow), creado en 1941 por el escritor Mort Weisinger y George Papp para el número 73 de More Fun Comics.

Igualmente legendario, el héroe de la independencia suiza, Guillermo Tell, tiene sus primeras menciones literarias en un drama versificado de 1470 que lleva su nombre, así como en el *Chronicon Helveticum*, relato histórico escrito por Egidio Tschudi en 1550. Tiempo después el poeta alemán Friedrich Schiller, en 1804, y el dramaturgo español Antonio Gil y Zárate, en 1843 (entre otros), retomarán y nutrirán su leyenda.

Famoso en el pueblo de Bürglen por ser el ballestero de mejor puntería, la proeza de Guillermo Tell se ubica a finales del siglo XIII y principios del XIV, época en que los Habsburgo ejercían dominio territorial sobre diversos pueblos suizos. La historia relata que cierto día en que paseaba con su hijo por la plaza mayor de Altdorf, negándose a inclinarse frente a un sombrero que simbolizaba la autoridad de los Habsburgo, Tell es obligado por el gobernador a demostrar su puntería tirando una flecha contra una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Separados por cien pasos de distancia, se cuenta que después de tomar dos flechas, logró atravesar la manzana luego de lanzar la primera, no obstante éste provocaría de nueva cuenta el enfado de las autoridades al responder que el propósito de la segunda flecha era atravesar el corazón del gobernador en caso de herir a su hijo con la primera.



A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)

X

Ordás en el Popocatepetl

Ramón Moreno Rodríguez*



Dice la tradición que fue Diego de Ordás el primer español que ascendió a la cumbre del Popocatepetl y más aún, se afirma que de allá bajó algunos costales repletos de piedra azufre. Si seguimos la idea de Hugh Thomas de reconocer el gran mérito explorador de los españoles que le permitió al mundo occidental expandirse de una manera como jamás lo hubiera imaginado, deberíamos aceptar esa tradición oral, no obstante hay razones poderosas para dudar de tal proeza. Veamos primero las causas que afirman dicho viaje para después exponer los motivos que lo ponen en duda.

El primer argumento a favor de la valentía y el arrojo del zamorano lo tenemos sostenido por el escudo de armas que el emperador le concedió en 1525. En el mismo se representa el busto de un hombre coronado al estilo europeo, se entiende que es la representación de Tabscoob, el tlatoani de Centla, al que se afirma por esta vía que derrotó; ya sabemos que eso no fue así, pues antes hemos narrado ya dicha batalla; en otro cuartel se puede ver un puente y un castillo, son la representación de la conquista de la ciudad de México; finalmente, en un espacio mayor a los previos se representa un volcán humeante, alusión inequívoca de la supuesta conquista de las cumbres nevadas del Popocatepetl.

La segunda fuente primaria (la más usada y que goza de gran prestigio) es la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, concluida hacia 1575, es decir, más de cincuenta años después de ocurridos los hechos que nos ocupan. Así cuenta el episodio el medinense: “Y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo... Y todavía el Diego de Ordaz con sus dos compañeros fue su camino hasta llegar arriba y... según dijo después el Ordaz y los dos soldados, que al subir que comenzó el volcán de echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcán... y que subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha y que habría en el anchor un cuarto de legua, y que desde allí se parecía la gran ciudad de México y toda la laguna”.

De esta versión, de la que estoy convencido proceden casi todas las que después se hicieron o rehicieron sobre tal expedición procede tal fama fantástica de hoy día. Muchas personas lo opinan sin tener mayores conocimientos de las fuentes primarias. Que los textos que se encuentre el lector de tal manera en la web fantaseen no es extraño, y aunque nos muevan a risa, deberíamos ser indulgentes con ellos, pero adviértase que hay escritores de prestigio que dan por hecha tal hazaña y miran a Ordás entrando al cráter del Popocatepetl. Tal es el caso de Eduardo Galeano, que en su libro *Memorias del fuego* dice “El escudo de armas del capitán luce el cono del volcán Popocatepetl, porque él fue el primero de los españoles que pisó la nieve de la cumbre”.

Pues bien, si el lector tiene la curiosidad de aproximarse a algunas otras crónicas de aquel tiempo que fueron escritas por testigos de primera mano se llevará una grande sorpresa, pues todo lo sostenido por Díaz del Castillo y repetido tantas veces en nuestros tiempos se viene por los suelos. Veamos el caso de fray Diego Durán.

Este religioso llegó a la Nueva España cuando todavía era un niño. Su familia se estableció en Texcoco (que como saben los lectores, está muy cerca del Popocatepetl) y desde muy pronto el contacto con los niños indígenas le permitió aprender muy bien el náhuatl, lengua que, por cierto, no hablaba Díaz del Castillo. Cuando concluyó su infancia ingresó a la orden de Santo Domingo. Se tiene testimonio de que habitó en conventos de la zona de los volcanes, por ejemplo, en San Vicente Chimalhuacán-Chalco, que está en la ladera norte del Popocatepetl o en Tetela del Volcán (donde conoció y trató a Gerónimo de Aguilar y que se encuentra a 15 kilómetros de la cumbre) o en el de Hueyapan, que está a las faldas del Popocatepetl, en dirección a Morelos.

He mencionado estos últimos datos para demostrar que es un testigo mucho más confiable que Díaz del Castillo. Dice Durán: “han probado a subir algunas personas por curiosidad de ver aquella chimenea por donde sale aquel humo así religiosos como seglares e imposibilitados y contenidos por la resistencia que le han hallado se han vuelto sin efecto de su pretensión y así lo oí contar a un religioso muy venerable de nuestra orden, que procurando ver aquella boca subieron él y dos seglares que tenían el mismo deseo y que llegados a la ceniza procuraron subir por ella una y dos veces; y que todo

cuanto andaban se hallaban luego atrás deslizándose la misma ceniza que la hay mucha y muy movediza donde demás del gran trabajo que padecieron pensaron ser muertos y corrompidos del delicado y sutil aire que allí corre y así me he admirado mucho y lo tengo por cosa fabulosa el afirmar que un conquistador que se dice Montaña subiese allí como lo he oído afirmar y que lo tengan sus hijos tomado por fe y testimonio que faltando piedra azufre para la pólvora que subiese este conquistador y sacase piedra azufre de él”.

Es decir, que Durán no sólo conoció la versión que cuenta Díaz del Castillo, sino que la cuestiona por completo (la llama cosa fabulosa) porque conoce los intentos de otros y por lo que describe minuciosamente, simplemente era imposible llegar allá. Por otro lado, otros cronistas mencionan un tercer

nombre, Gutierre de Casamori, otros más dicen que fueron diez los españoles enviados por Cortés mientras que otros hablan de dos.

En cuanto a Cortés, hay que decir que él en sus cartas (que al parecer no leyó Díaz del Castillo) reconoce abierta y cabalmente que el viaje nunca se concluyó; dice así: “Los cuales fueron y trabajaron lo que fue posible para subirla y jamás pudieron, a causa de la mucha nieve que en la sierra hay y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra”. Lo primero que hay que decir es que Cortés muy a las claras dice que la misión no se concretizó y del azufre, ninguna palabra. Entonces, ¿de dónde surgió la especie de atribuirle a Ordás tal empresa? En la siguiente entrega terminaremos de explicar estos enredos, si es que es posible desenredarlos.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr@vivaldi.net



Libros y otras cosas

Esto acabará con aquello

David Huerta

La extraña frase del encabezado de esta columna (“Esto acabará con aquello”) aparece en una de las novelas más famosas del mundo: *Nuestra Señora de París* (1831), concebida y ejecutada por Victor Hugo (1802-1885) como un homenaje a la catedral de París y a la ciudad donde se asienta el edificio venerable. Nuestra Señora comenzó a levantarse en el siglo XII y su construcción abarca por lo menos ocho o nueve siglos. La frase que le da título a estos renglones, pues, puede leerse en los capítulos 1 y 2 del Libro Quinto de la historia de la gitana Esmeralda y el deforme Quasimodo, del poeta Pierre Gringoire y el archidiácono Claude Frollo.

Ya todos sabemos que la catedral de Nuestra Señora ardió el 15 de abril de 2019. Al vincular el libro decimonónico al edificio medieval, el historiador Adrien Goetz ha escrito sobre ese desastre de la civilización un libro único: *Notre-Dame de la humanidad*. Es un texto breve y sustancioso, compacto y de lectura fluida, con los rasgos de una buena monografía y de una no menos buena crónica periodística. Lo tradujo el joven editor español Unai Velasco y lo ha dado a conocer en México Vaso Roto, la casa dirigida, con lucidez y generosidad, por Jeannette Lozano dentro de su colección Cardinales.

Según leemos en la novela de Victor Hugo, “Esto acabará con aquello” es una frase pronunciada con dos objetos singulares a la vista: un libro impreso y la catedral parisién. “Esto” es el libro; “aquello” es el edificio eclesiástico. Es

como si se dijera: el libro destruirá la religión y sus obras, la imprenta será el verdugo de la arquitectura. ¿Por qué? Victor Hugo lo explica: el saber democratizado –cuyo instrumento de difusión es el libro– destruirá los cimientos irracionales de la fe ciega. Simplifico bárbaramente, desde luego; pero tal es el núcleo de esa idea, que me parece interesantísima.

También puede entenderse literalmente: el objeto llamado “libro” acabará con el objeto llamado “catedral”.

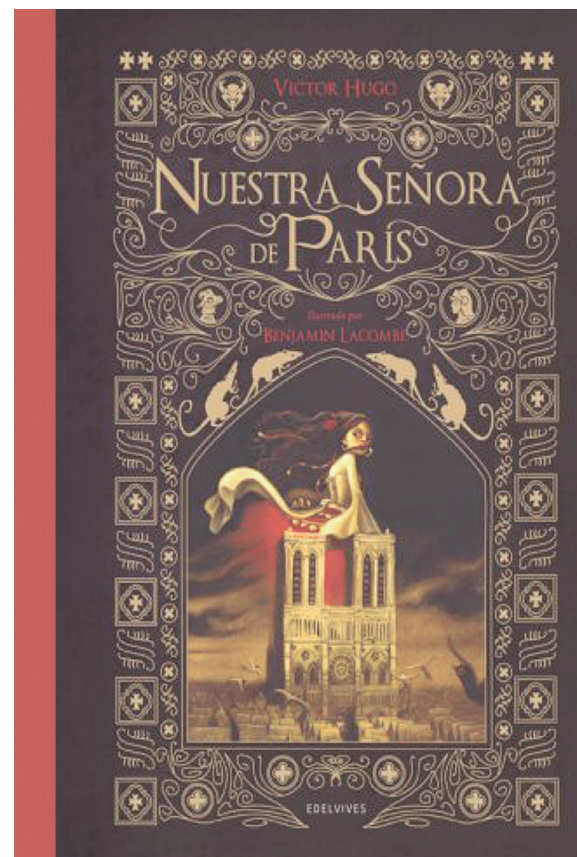
La catedral de Nuestra Señora de París no resultó, por supuesto, destruida por un libro, sino más bien todo lo contrario: fue rescatada por la novela de Victor Hugo del estado de abandono en que se encontraba.

Es aquí donde interviene el historiador del arte Adrien Goetz para explicarnos algunos hechos innegables y asombrosos del siglo XIX francés y de sus consecuencias en el siglo XXI, a la luz cegadora y desesperante del incendio de abril.

La catedral de Nuestra Señora de París no resultó, por supuesto, destruida por un libro, sino más bien todo lo contrario: fue rescatada por la novela de Victor Hugo del estado de abandono en que se encontraba. El libro salvó a la catedral y gracias a ello pudo volver a su esplendor en el siglo XIX gracias

al arquitecto Eugène Viollet-le Duc, a cargo de los trabajos que él dirigió con acierto. A él se debe la Flecha que fue destruida por las llamas el año pasado ante el azoro unánime de quienes vimos la escena, millones por televisión y varios miles de franceses en el lugar mismo de los hechos, junto a las aguas del río Sena.

El libro de Goetz apenas rebasa las 100 páginas y es verdaderamente estupendo.



Notre-Dame es una imagen, y la destrucción de su flecha, incluso más allá de la pérdida irreparable del legado medieval, constituye una conmoción de carácter universal. Con la caída de la flecha se derrumba, antes que una construcción de madera, la formación de una gran idea.

Adrien Goetz
**Notre-Dame
de la humanidad**

Vaso Roto Cardinales



Escena de la película *El Jorobado de Notre-Dame*, con la actriz Gina Lollobrigida como Esmeralda y el actor Anthony Quinn como Quasimodo.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Los mercados de Colima

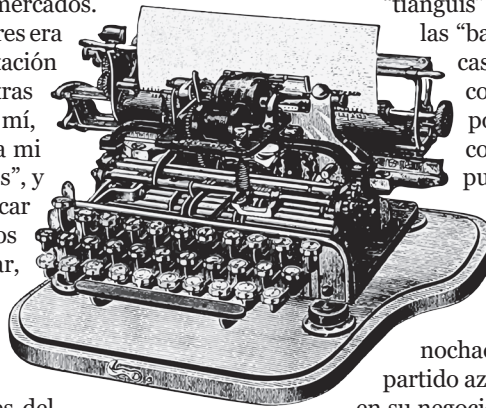
Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA, 1995.- Desde mi niñez he frecuentado los mercados. Aquí en Colima, el único mercado de aquellos lejanos ayer era el de la Constitución, que igual que La Piedra Lisa, La Estación del Tren y la Plaza de Armas, eran los lugares de nuestras diversiones. De chiquito nos llevaba mi “nana” a mi hermana y a mí, y más grandecito me gustaba ir al “mandado” que me lo escribía mi tía Adela en un papelito para que no se me olvidaran los “encargos”, y ahora, ya bien sigo con la bonita costumbre de ver los puestos, platicar y saludar a las conocidas y a uno que otro “conocido”, pues los pocos varones que encuentro y saludo son el señor Truclos, *El Capi* Aguilar, Alejandro Beltrán, el general Nungaray, el licenciado Méndez, don *Manuelito* Huerta y don Jorge Larios, pareciendo que a todos poco nos importa que los acomplejados “machos” nos hidalguen el simpático adjetivo de “mandilones”.

Y dándonos los “buenos días” con los simpáticos luchadores del pequeño comercio que viven y luchan para sobrevivir contra los grandes supermercados que cual enormes “juracys” pretendan devorárselos, saludo a Lourdes, la alegre y luchona pollera, huérfana y que la hace de jefa de sus seis hermanas menores. Gregorio Martínez García, nacido en Guadalajara, enemigo del matrimonio a sus sesenta primaveras, tiene su negocito en la puerta principal, donde vende toda clase de hierbas para té, pomadas y cataplasmas; receta, prepara los medicamentos y alza los ojos al cielo como pidiendo inspiración para no dar “guásimas” en lugar de “mano de león” para la diabetes.

Salomón Preciado y su esposa Tayde tienen un puesto muy grande donde se exhiben y venden desde sabrosos papayos, mameyes chicos y sandías, hasta escobas, chiquihuites, trapeadores, lo mismo que también encontramos tornillos, aldabas, comales, jaulas, guanvos, braseros y otras muchas cosas. Mi papá, viajero contumaz, siempre entre sus pláticas a su regreso de sus paseos nos platicaba de los mercados, pues comentaba que las visitas a estos lugares siempre eran entretenidas y divertidas: se comían antojitos de la región, se compraban lindas artesanías y se veía lo rico o pobre de una región, por la asistencia a esos lugares; y siendo así, recuerdo los pescados asados del mercado de Veracruz, los dulces de Oaxaca, las comidas en el mercado Corona en Guadalajara, las enchiladas de Puebla, los quesos de Lagos de Moreno, y tantas cosas sabrosas y bonitas de los mercados Villahermosa, Juchitán, Tehuacan, Durango, León, Morelia, Taxco, Jalapa, etcétera.

Siguiendo hablando de nuestra linda ciudad, actualmente hay solamente cuatro mercados grandecitos: el Obregón, el Villa, el Constitución y el de la Albarrada, aparte de los



“tianguis” que se ponen y se quitan en el mismo rato y que sirven muy bien a las “barriadas”. Desde hace varios años, soy cliente del Obregón, así que casi diario, llueve o truene, voy al mandado, escojo lo que me gustaría comer y compro los encargos. Me satisface comentar que de seguro por mi cara “de buena gente” me fian cuando me falta dinero para completar el importe de las tortillas o de los camotes. Entre muchos puesteros, me encuentro con el licenciado y periodista Salvador Villa

Bibiano, quien atiende, en unión de su señora, un bien surtido de toda clase de especies, alimento para pájaros, frijoles de todos los colores, habas, avena y chiles secos de distintos olores, muchas cosas como cerillos, carbonato, harina, lentejas, etcétera. Tomás Gutiérrez Silva y su esposa Irene, con un expendio de sabrosos empanochados, semitas, flautas, conchas, pilones, etcétera. Él amasa y hornea el partido azul y ella lo vende, el es un buen jugador de quinielas, muy ordenado en su negocio, desplazándose de aquí para allá en una ejecutiva Suburban. Luis

Zamora es uno de los cuatro carniceros que atienden ese ramo; ellos, igual que los demás, son admirables por su tenacidad y apego a su trabajo, están siempre con sus mesas y ganchos llenos de carne de primera calidad y a precios más baratos que en los grandes y ostentosos “supers”.

Desde luego, no olvido las vendimias atendidas por las del sexo hermoso, sus canastas con ciruelas, guamúchiles, camotes de cerro, camotes enmielados, tamales de ceniza, de elote y de carne, y en ese mismo patio entoldado también está Toribio González, el popular tubero que día a día nos refresca con tuba “fresca y dulce” y sin pizca de química, algunas veces porque se durmió o por atender otros quehaceres su papá Adolfo, quien a pesar de sus muchos abriles acumulados, nos atiende rápido y cortésmente. En fin, todas y todos los pequeños comerciantes siempre luchando y sonriendo, atendiendo a su clientela.

Ojalá y muchos, pero muchos de los colimenses sigamos prefiriendo a los mercados, que además de ser parte de la historia de Colima, los que ahí trabajan son gentes que desde la madrugada están ahí para ganarse el justo salario para sostenerse y atender a sus familiares.

Como ya se me acabó el pedazo que me conceden para mi columna, solamente me resta desearles a todos los pequeños comerciantes, a todos por igual, salud, y que no se les disminuya la clientela. Ya en otra ocasión y tan luego como Pepe me proporcione más nombres, escribiré.

* Empresario, historiador y narrador. +



Mercado Obregón, foto de Alberto Medina



Mercado Constitución, foto de Alberto Medina

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA

COORDINADOR: JULIO CÉSAR ZAMORA

Imágenes: Fotos de Archivo.

Correo: diarioagora@hotmail.com